

DE LA ESPIRITUALIDAD A LA PEDAGOGÍA IGNACIANA
FROM SPIRITUALITY TO IGNATIAN PEDAGOGY

Dr. Gabriel Insaurralde, SJ

ginsau@gmail.com

Instituto Superior de Estudios Humanísticos y Filosóficos

Resumen

Este artículo tiene como objetivo mostrar la conexión intrínseca entre el paradigma pedagógico ignaciano y la experiencia espiritual de San Ignacio de Loyola que se ha estandarizado, estructurado y universalizado en los famosos “Ejercicios Espirituales”. Estos tienen una base antropológica y unas condiciones psicológicas que se unen armónicamente para ofrecer una metodología válida para todo creyente que quiera dar sentido a su vida con servicio, justicia y paz.

Palabras clave: Antropología ignaciana, ejercicios espirituales, espiritualidad, paradigma pedagógico ignaciano.

Abstract

This article aims to show the intrinsic connection between the Ignatian pedagogical paradigm and the spiritual experience of Saint Ignatius of Loyola that has been standardized, structured and universalized in the famous “Spiritual Exercises”. These have an anthropological basis and psychological conditions that come together harmoniously to offer a valid methodology for every believer who wants to give meaning to their life with service, justice and peace.

Keywords: Ignatian anthropology, spiritual exercises, spirituality, Ignatian pedagogical paradigm.

Introducción

Íñigo López de Loyola (1491-1556), nombre auténtico de San Ignacio de Loyola, nacido en Azpeitia (España). Estando al servicio del gobierno de Navarra se alistó a luchar contra los franceses que buscaban su sometimiento. En medio del combate una bala de cañón impacta y destruye totalmente una pierna de Íñigo y la otra pierna la deja mal herida quedando sin posibilidad de moverse (Autobiografía, 9)¹. Una tropa de franceses que tomaron la fortaleza lo vieron y lo recogieron llevándolo hasta un hospital para su recuperación: “a mí que estaba herido me trataron muy bien, cortés y amablemente” (Autobiografía, 9). Le tuvieron que operar la pierna y enfrentar un largo y doloroso proceso de recuperación en el castillo de Loyola. Para su entretenimiento le pasaron libros de la vida de Cristo y de los santos Francisco y Domingo de Guzmán, aunque él desea leer libros mundanos denominados “de caballerías” (Autobiografía, p. 11).

Íñigo tuvo un proceso largo de conversión, que comenzó con la caída en Pamplona, luego sucedió la acción misericordiosa y amable que tuvieron los franceses con él, seguida por la asistencia médica y el movimiento interior que le fue conduciendo a encontrar la voluntad de Dios contra todas sus apetencias carnales de su juventud. El sintió la necesidad de devolver ese gran favor, de retribuir esa gran gracia, pero a su manera, “proponiéndome siempre a mí mismo cosas dificultosas y graves” (Autobiografía, 13). De ahí que se planteó, después de leer la vida de éstos santos, “Santo Domingo hizo esto, pues yo lo tengo que hacer; San Francisco hizo esto, pues yo lo tengo hacer” (Autobiografía, 13). Este propósito de emulación le condujo a iniciar un proceso de transformación de vida para responder al llamado de Dios que sentía:

Este fue mi primer discurrir sobre las cosas de Dios. Después, cuando hice los Ejercicios, comencé a recibir claridad sobre la diversidad de espíritus. Y adquiriendo no poca luz de este aprendizaje, comencé a pensar más en serio en mi vida pasada y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia (Autografía, p.13).

¹ Autografía de San Ignacio de Loyola. Guaraní – Castellano. (2016). Traducción al guaraní por Catalino Corvalán, Centro de Estudios Paraguayos Antonio Guasch (CEPAG), Asunción, Paraguay. ISBN: 978-99953-49-30-1. En adelante *Autobiografía*.

Cuando ya se recuperó del trauma de su pierna comenzó lo que se había propuesto en gratitud a Nuestro Señor por los bienes recibidos, se puso en peregrinación hasta el santuario de Monserrat y luego en una cueva situada a orillas del río Cardoner, en el pueblo de Manresa, tuvo la inspiración para escribir su experiencia espiritual, los Ejercicios Espirituales, con el objetivo de plasmar por escrito lo que había sido su experiencia espiritual hasta ese momento:

Sino que me desvié a un pueblo llamado Manresa, decidido a quedarme algunos días en un hospital, anotando también algunas cosas en el libro que llevaba muy guardado y con el que iba muy consolado (Autobiografía, p. 23).

En ese lugar tuvo un momento extraordinario de lucidez:

Una vez iba por devoción a una iglesia, que estaba a poco más de una milla de Manresa, que creo se llama San Pablo, y el camino va junto al río, y yendo así en mis devociones me senté un rato con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se me empezaron a abrir los ojos del entendimiento; no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y eso con una ilustración tan grande que todas las cosas me parecían nuevas (Autobiografía, p. 35).

Comenzó siendo más personal, donde narraba su proceso interior movido por mociones, tentaciones, luces y consolaciones; luego fue tomando un carácter más universal donde narraba cómo se daban esos procesos interiores, a veces de confusión y a veces de aclaración, con el objetivo de aclararse a sí mismo cuál es su lugar y sentido de su propia vida; o dicho en otros términos, descubrir la acción de Dios en nuestras vidas para luego animarse a dar una respuesta con un compromiso, un cambio de vida.

Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las lecciones que Dios me había dado, empecé a reflexionar por qué medios había venido aquel espíritu (Autobiografía, p.31).

La primera vez que volví de Flandes, comencé a darme, con más intensidad de lo que solía, a conversaciones espirituales y casi al mismo tiempo daba “ejercicios” a tres...Hicieron ellos grandes cambios en sus vidas, y luego dieron todo lo que tenían a los pobres, aun los libros, y empezaron a pedir limosna por París (Autobiografía, p.83).

Al final, ese librito de los Ejercicios Espirituales se convirtió en la descripción de una metodología para buscar la voluntad de Dios para uno, de modo que cualquiera que quiera practicarlo; tal vez con una breve propedéutica, lo pueda hacer.

Del Espíritu a la espiritualidad

En el pensamiento antropológico actual ha calado decididamente la división conceptual, metafísicamente absoluta, formulada por Descartes, de *res cogitans* y *res extensa*. A ello se agrega la unión insoluble de ambos, postulado conseguido con éxito por varios pensadores posteriores. Por eso, hoy hablamos que el ser humano es un compuesto inseparable de cuerpo y espíritu. Se trata de dos facultades con sus respectivas características, pero que actúan conjuntamente: espíritu encarnado o cuerpo espiritualizado. El elemento corporal es material orgánico, estructurado como un gran sistema, dividido en varios subsistemas interrelacionados de forma interdependiente entre sus partes. En cada acción que efectuamos está presente el cuerpo y el espíritu de manera sincrónica.

El espíritu es la facultad humana de encontrar sentido a la vida en general y en particular, de modo que pueda dar razón también de todo lo que puede conocer. Para ello, usa sus habilidades como inteligencia, racionalidad, memoria, libertad, imaginación, reflexión, representación simbólica del mundo, conciencia, autoconciencia y otras habilidades más. Así como lo ha afirmado Spinoza, existe una correspondencia entre el cuerpo y el espíritu, de tal modo que una perfección en el cuerpo significa una perfección ganada para el

espíritu y viceversa, es decir, lo que aprenda espiritualmente eso se traduce en una habilidad corporal orgánica (Spinoza, 1677, p.87).

A través del espíritu, el ser humano toma conciencia de sí mismo, tiene interioridad y subjetividad, tiene capacidad de amar, buscar la verdad y dar sentido a su vida. A través del espíritu, tiene la capacidad de experimentarse como individuo subjetivo, de experimentar y comprender su propio ser en relación con el mundo que lo rodea.

De ahí que, desde el punto de vista funcional, al espíritu se le atribuye las funciones de pensar y reflexionar sobre “quién soy yo”, “de dónde vengo”, “cuál es el propósito de la vida”, “dónde iré después de la muerte”, etc. Y el modo cómo responde a estas preguntas se le llama “espiritualidad”. Es decir, se trata de un conjunto de creencias, sentimientos existenciales, ideas, acciones, prácticas, ritos y liturgias que dan respuestas a esas preguntas trascendentales. La espiritualidad crea grupos de adherentes con organización social y económica. De ahí, la validez de toda espiritualidad, ya sea yoga, cisterciense, trapense, espiritualidades de la India, China, África; así como la espiritualidad franciscana, redentorista, ignaciana, etc. Todas son válidas en la medida que consigan dar respuesta a los interrogantes existenciales humanos².

Los racionalistas y la mayoría de las personas piensan que la ciencia y la espiritualidad son dos disciplinas separadas, al igual que espíritu y cuerpo orgánico; piensan que la subjetividad no influye para nada sobre lo orgánico y viceversa. Sin embargo, con la experiencia reflexionada sobre nuestras vivencias y acciones, notamos que la influencia entre ambas facultades es recíproca. De ahí se puede concluir también que nuestra inteligencia es sentiente, nuestra racionalidad afectiva, nuestra inteligencia es emocional y nuestra mirada es afectiva y cognitiva.

Fundamentos antropológicos para la experiencia de los ejercicios espirituales

Para una buena experiencia de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio; es decir, para que se pueda lograr los frutos pretendidos para un cambio de vida, ordenar los afectos desordenados y tener claridad de lo que se pretende en la vida, es necesario disponer de unas ciertas características antropológicas. Aquí no se consideran los que fueron impedidos por naturaleza y carecen de dichas características, sino de aquellos seres

² Insaurralde, Gabriel (2024), “El Espíritu”, Revista *Acción* Nº 439 Agosto, CEPAG, Asunción – Paraguay, pp. 18-23.

humanos comunes, aunque, muchas veces, disponen de estas características o atributos, que a veces por pereza o por falta de ocasiones, los tiene atrofiados. Veámoslos:

1. En primer lugar, se encuentra la autoconciencia. Por experiencia personal nos damos cuenta de las actividades o acciones que realizamos; también nos damos cuenta cuando estamos enfermos tanto física como mentalmente. Este atributo lo compartimos con el resto de los animales que son capaces también de darse cuenta y entender lo que les pasa (inteligencia), para luego actuar conforme a dicha conciencia.

El ser humano tiene conciencia de lo que hace y de lo que le sucede, pero también es capaz de darse cuenta que tiene conciencia, esto es, autoconciencia. Esta cualidad humana es muy importante para los Ejercicios Espirituales porque se necesitará examinar la conciencia. Nuestra historia personal es el escenario donde Dios se manifiesta, donde podemos tomar conciencia de lo que el Señor va haciendo en nuestras vidas y así encontrarle sentido.

2. En segundo lugar, la relacionalidad entendida como la capacidad humana de entablar relación con los demás seres humanos, con el resto de los vivientes, con el entorno, con Dios y finalmente, consigo mismo. El ser humano necesita de estas relaciones, por ser un ente abierto y receptivo. Estas relaciones lo constituyen, le hacen ser lo que es; de ahí la diversidad de personalidades, caracteres y temperamentos. Si se cierra o es encerrado contra su voluntad, se destruye, se hace inviable y su condición existencial se transforma en algo invivible. En estas condiciones desea la muerte como única manera de escapar de esa situación. Por otro lado, la relacionalidad le hace desarrollar su afectividad; él es capaz de relaciones afectivas íntimas, con los demás, con su mascota, con Dios y consigo mismo.

3. En tercer lugar, está la voluntad entendida como facultad psíquica de desear y efectuar una determinada acción encaminada a conseguir el bien. Supone la libertad y el entendimiento como condiciones de posibilidad. La voluntad, en cuanto habilidad, se puede entrenar y mejorar. Hay personas voluntariosas, es decir, ejercitadas en el uso de su voluntad, que son capaces de realizar varias actividades casi de manera automática. Como así también, en el otro extremo, están las personas que se niegan a hacer ciertas actividades, por pereza y falta de entrenamiento. Son personas que se sienten incapaces de realizar, por ejemplo, actividades que suponen esfuerzo, como barrer, limpiar, ordenar, etc. Se han acostumbrado a no realizar tales actividades

porque hubo personas que hacían por ellas (padres, empleados, niñeras). El resultado es la atrofia de la voluntad; fenómeno que se repite, por ejemplo, en los adictos a las drogas.

4. En cuarto lugar, la autosuperación, entendida como la capacidad de humana superar los obstáculos de la vida, las dificultades e incluso de superar sus propios límites, a base de ejercicios, entrenamiento y perseverancia en lo obtenido. Esto supone un proceso psicológico que parte de la autoconciencia para controlarse y ponerse límites a sus acciones en general, pero específicamente en aquello que quiere cambiar o necesita hacerlo. Luego da paso al ejercicio de la voluntad para comprometerse en favor del cambio que uno necesita realizar. Y finalmente necesita plantearse el cambio como un desafío a superar. Supone en definitiva la confianza absoluta que puede y debe cambiar para su bien y el de los demás.
5. Capacidad de reformular su vida, se entiende aquella capacidad humana de reorientar su vida, darle otra dirección o sentido nuevo. Cuando la persona descubre la necesidad de hacer un cambio parcial o existencial en su vida, es capaz de poner medios para conseguirlo, es capaz de re-ordenarse, es decir, buscar otro modo de vida más satisfactorio, más plenificante. Son personas que son capaces de ponerse objetivos fascinantes en su vida, plantearse algo que vale la pena luchar, cueste lo que cueste.

De la espiritualidad a la pedagogía

Los EE.EE. son una escuela de aprendizaje a partir de nuestra experiencia espiritual. Aprendemos a conocer nuestras debilidades y fortalezas; descubrir y reconocer la acción de Dios en nuestras vidas; en definitiva, aprendemos a conocernos más.

Los EE.EE. marcan un camino nuevo, un paradigma nuevo que incorpora la vida personal en armonía con la actividad o trabajo que ocupa a la persona, que puede ser utilizado con todo tipo de personas, instituciones pedagógicas e instituciones de diversa índole. Es una metodología que utiliza el autoconocimiento y la relacionalidad como herramientas fundamentales para el aprendizaje.

Se entiende por “paradigma” el modelo mental estructurado que sirve para explicar situaciones y problemas en un determinado contexto (espacio /tiempo) con el objetivo de entenderlos y solucionarlos. Así, se entiende por “paradigmas educativos” a los que se

refieren al modo en que se piensa y se comprende el acto educativo, en concordancia con la práctica y objetivos de las instituciones educativas.

Características del Paradigma Pedagógico Ignaciano

De la experiencia de los EE.EE. se puede extraer un paradigma pedagógico estructurado con las siguientes características o énfasis:

1. Asume la realidad con toda su complejidad. Esto es el primer requisito para hacer los EE.EE.: ubicarse en una situación concreta dentro de la inmensidad de lo complejo. Pero, a su vez, reconoce la bondad del mundo y la persona porque en ambos se detecta la presencia de Dios, su creador.
2. Tiene como objetivo la formación integral de la persona, porque el mensaje de Dios abarca la totalidad de la vida del ser humano.
3. Apuesta por la fe como aporte a la formación integral de toda persona. Ante la incertidumbre de la acción humana y su futuro se plantea la fe como soporte sólido que da seguridad, confianza y esperanza.
4. Es una educación personalizada, respetando los ritmos personales. Al modo cómo San Ignacio daba los EE.EE., atendiendo a la peculiaridad de la persona y de la pedagogía divina para cada ejercitante.
5. No es una educación conformista sino que promueve la superación constante, buscando siempre el más (magis), como respuesta al amor de Dios experimentado en la vida. Se acepta la realidad como principio, pero enseguida se plantea el cambio, su superación.
6. Una educación que promueve el autoconocimiento y la autoaceptación. Todo cambio o transformación de la realidad supone un previo conocimiento y aceptación de uno mismo.
7. Fomenta el espíritu crítico. Conocer la voluntad de Dios para uno, para toda la humanidad y para toda la creación, pone en contraste con la conciencia de lo real, de cómo están constituidas las relaciones humanas y de la naturaleza entera.
8. Conciencia de los efectos sociales del pecado. El espíritu crítico conduce a la conciencia y captación de la estructura y efectos del pecado en la sociedad.
9. Conciencia que las estructuras sociales son contingentes, no solo que pueden cambiar, sino que deben hacerlo para un mayor bienestar, en justicia y dignidad.
10. Es una preparación para la vida activa en la sociedad que le corresponde. Formar seres humanos comprometidos con los demás, buscando el cambio de estructuras injustas.

11. Busca la excelencia a través de una educación de calidad, que alcance y supere sus objetivos.

12. Es comunitaria, trabaja en equipo para buscar la voluntad de Dios en proceso de discernimiento. Tiene en cuenta las “mociones” que se van manifestando a lo largo del proceso educativo, se interesa constantemente en la evaluación de las acciones.

Finalmente se destaca el carácter profundamente humano del Paradigma Pedagógico Ignaciano porque abarca todas las facultades humanas y, por lo tanto, es universal, esto es, aplicable a todas las culturas. Si bien parte de una experiencia espiritual concreta, de ahí se posibilita perfilar una concepción antropológica y una metodología de humanización; finalmente da lugar a una pedagogía particular con características bien definidas y encaminadas a buscar la práctica del amor a través del servicio, la justicia y la paz.

Bibliografía

Beorlegui, C. (2016). *Antropología filosófica: Dimensiones de la realidad humana*. Universidad Pontificia Comillas.

Loyola, I. de. (2016). *Autografía de San Ignacio de Loyola*. Guaraní – Castellano (C. Corvalán, Trad.). Centro de Estudios Paraguayos Antonio Guasch (CEPAG). ISBN 978-99953-49-30-1

Meana, R. (Dir.). (2019). *El sujeto: Reflexiones para una antropología ignaciana* (pp. 383–408). Mensajero, Sal Terrae, Comillas.

VV.AA. (1993). *Pedagogía ignaciana: Un planteamiento práctico*. Roma.

VV.AA. (1986). *Características de la educación en la Compañía de Jesús*. Roma.